

# **El golpe de lanza**

Juan 19:34 (31-37) y 1 Juan 5:6

Christian BRIEM

[biblicom.org](http://biblicom.org)

El **Señor** estaba muerto. Muerto, colgaba de la cruz. Había “firmado” la obra de la redención en su propia perfección de poder con las palabras «¡Cumplido está!», y habiendo luego inclinado la cabeza, había entregado su espíritu (Juan 19:30). Separar su espíritu de su cuerpo y entregarlo a Dios era un acto divino. Al mismo tiempo que mostraba una gran debilidad personal, el Hijo de Dios revelaba un poder divino.

Era viernes por la tarde cuando Jesús murió. Los judíos no querían que los 3 condenados permanecieran en la cruz en sábado. Tenían la Ley de su parte. Esta exigía que el cadáver de un pendido no pasara la noche en el madero; en todo caso, debía ser enterrado el mismo día (Deut. 21:23). Por eso los judíos pidieron a Pilato que les rompieran las piernas para poder quitarlos (Juan 19:31). ¡Qué desfile de santidad! ¡Los que habían crucificado al Señor de gloria salían en defensa de la observancia de la Ley! En realidad temían que, si el crucificado del centro, con la corona de espinas en la cabeza, seguía vivo el sábado, los transeúntes que habían experimentado sus beneficios pudieran alzar la voz contra los dirigentes del pueblo (comp. Mat. 26:5).

Pilato estaba dispuesto a acceder a la petición de los judíos y dio la orden a tal efecto. Romper o aplastar las piernas o los muslos era un método cruel utilizado por los romanos para acelerar la muerte de un condenado. Se utilizaban pesados martillos de madera o barras de hierro. La brutalidad de la operación superaba a menudo la de la sentencia inicial. No hay que olvidar que la agonía de un crucificado podía durar varios días, y que incluso la rotura de las piernas no conducía a la muerte inmediata. Marcos 15:43-45 muestra claramente que los judíos no informaron al gobernador de la pronta muerte de Jesús. Por lo tanto, Pilato supuso que su orden de quebrar las piernas también se refería a Jesús.

«Fueron entonces los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro que estaba crucificado con él» (Juan 19:32). Todavía hay algunos elementos misteriosos en el relato que hace Juan de los hechos. Por supuesto, relata los hechos tal como los vio. Sin embargo, surgen algunas preguntas. La cruz de Jesús estaba en medio de las otras 2 cruces. ¿Por qué los soldados pasaron por delante de Su cruz y “trataron” primero con uno y luego con el otro de los malhechores? ¿Por qué evitaron primero a Jesús de su cruel trabajo? ¿Fue a instancias del centurión que había quedado profundamente impresionado por el Señor (Lucas 23:47)? No lo sabemos.

Pero lo que sí sabemos es que uno de los malhechores entró en el paraíso aquel mismo día. Su Salvador, que estaba a su lado, ya lo había precedido. «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43). ¡Qué lugar tan feliz, dadas las circunstancias

---

humillantes y atroces del exterior! ¿Y el otro malhechor? Por lo que sabemos, nunca se arrepintió, así que su camino le condujo a la noche eterna.

### ***Entonces, los soldados también vinieron a Jesús***

«Pero cuando llegaron a Jesús, como vieron que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados traspasó su costado con una lanza, y en el acto salió sangre y agua» (Juan 19:33-34).

Al volverse hacia la cruz central, los rudos soldados se dieron cuenta de que Jesús ya había muerto. Así que no vieron la necesidad de romperle las piernas. Aquí tenemos un testimonio objetivo (independiente) de que el Señor efectivamente había muerto –testimonio de aquellos que entendían muy bien su triste “trabajo”. Los incrédulos racionalistas todavía pueden dudar hoy que él estuviera realmente muerto. Estos verdugos juzgaron «que ya estaba muerto».

Pero, ¿por qué uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza? ¿Fue el desprecio lo que le llevó a hacerlo? Sin duda. Pero no era costumbre romana abrir con una lanza el costado de un criminal muerto. También era contrario a la orden de Pilato, que solo preveía la rotura de las piernas. ¿Por qué el soldado golpeó el costado del Señor con su lanza, presumiblemente con la intención de alcanzar el corazón? ¿Se debió a alguna incertidumbre sobre si el hombre del medio estaba realmente muerto? De ser así, podrían y deberían haberle roto las piernas. Pero no, ¡lo que ocurrió fue un golpe de lanza!

Cualesquiera que fueran los motivos de la gente, aquí sucedió algo que nadie podría haber previsto. Jesús fue tratado de una manera absolutamente extraordinaria, tanto por el hecho de que no le rompieron las piernas, como por el golpe de la lanza. ¿Podemos dudar de que Dios estaba detrás de todo esto? Él dirigió las circunstancias y se encargó de que se cumplieran literalmente las predicciones de las Escrituras sobre su Ungido, a través de hombres que no las conocían (Juan 19:36-37).

Pero Juan vio algo muy especial: «Y en el acto salió sangre y agua» (Juan 19:34). El discípulo debió de encontrarse en las inmediaciones de la cruz de su maestro cuando le fue clavada la lanza. Y sin duda entendió este fenómeno como una prueba más de la muerte de Jesús. En cuanto a la aparición de sangre y agua, los conocimientos médicos actuales no pueden ayudarnos a explicarla. Pues sabemos por [Hechos 2:27](#) que el cuerpo muerto del Señor no estuvo en modo alguno sujeto a descomposición. Los fenómenos normales de descomposición de los muertos eran extraños a su cuerpo santo. Por lo tanto, las conclusiones extraídas de ciertos síntomas de

---

cuerpos humanos muertos no pueden aplicarse al cuerpo muerto de Aquel que no conoció pecado.

Es evidente que se trató de un milagro obrado por Dios. Juan escribe sobre ello, lo vio él mismo, pero no lo comenta, al menos no aquí. Pero en su Primera Epístola, escrita unos años más tarde, nos da, a través del Espíritu Santo, el significado de este acontecimiento sobrenatural. Allí aprendemos que el Hijo de Dios «vino por agua y sangre, Jesucristo; no solo por agua, sino en agua y por sangre» (1 Juan 5:6).

Este pasaje contiene 2 declaraciones distintas, caracterizadas por el cambio de la preposición «por» (griego *dia*) a «en» (griego *en*). La primera parte del versículo nos indica el carácter con el que Cristo vino a nosotros: por el agua y la sangre, es decir, por la muerte. Si Cristo quería realmente venir a nosotros, si quería alcanzarnos en nuestra miseria de pecadores, no bastaba con su encarnación, ni con su vida santa. No, tuvo que entrar en la muerte por nosotros. Tampoco vino a nosotros como un rey victorioso en poder y gloria, sino de esta manera solemne, «en agua y por sangre».

La preposición «en» utilizada en la segunda mitad del versículo significa «en el poder de». Aquí aprendemos algo de los preciosos resultados que Cristo obtuvo con su muerte para los que creen en él: una purificación moral (el agua) y una expiación (la sangre). Hoy, cuando miramos con nuestros ojos espirituales hacia el Gólgota y contemplamos la conmovedora escena de la lanza y sus consecuencias, se nos recuerda de manera impactante 2 cosas: la muerte del Señor y las benditas consecuencias que de ella se derivan para nosotros. A esto se refiere también el breve comentario de Juan: «Y en el acto salió sangre y agua» (Juan 19:34).

«El que lo vio ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero. Él sabe que dice la verdad, para que vosotros creáis» (Juan 19:35). Estas palabras se relacionan con lo que se acaba de decir. Juan fue testigo ocular del golpe de la lanza y de sus efectos inmediatos. Había visto con sus propios ojos el milagro de la sangre y el agua sobre el Salvador muerto. Y cuando entonces dio testimonio de ello –sabía que lo que decía era la verdad–, lo hizo con la intención de que sus lectores también lo creyeran. De hecho, es casi la única vez que él o alguno de los otros “evangelistas” interrumpe su relato para dirigirse personalmente a sus lectores: «... para que creáis» (comp. Juan 20:31).

Sin embargo, todo se desarrolló en perfecta conformidad con las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento. Las 2 citas siguientes muestran claramente cómo Dios velaba por su Hijo en todo, y cómo los actores incrédulos, sin saberlo, solo podían

---

y debían hacer lo que estaba de acuerdo con sus consejos y santa voluntad.

«Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: Ninguno de sus huesos será quebrado» (Juan 19:36). Ciertamente, los soldados contravinieron el orden de Pilato al no quebrar las piernas de Jesús; pero fue Dios quien, al final, no lo permitió. Porque Cristo era el verdadero cordero pascual (1 Cor. 5:7), y del tipo que lo prefiguraba se dice: «No quebraréis hueso suyo» (Éx. 12:46). De hecho, Dios «guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado» (Sal. 34:20). Los soldados pudieron haber roto las piernas de innumerables personas. Pero las piernas del Señor debían permanecer intactas.

Una segunda cita se refiere a la lanza. «También otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron» (Juan 19:37). ¡Excepcional! Al soldado también se le había ordenado romper las piernas de Jesús: no lo hizo. Al mismo soldado no se le había ordenado atravesar el costado del Señor con una lanza: ¡lo hizo! ¿Puede algo mostrar más claramente que Dios tiene cada circunstancia, cada persona, enteramente bajo su control?

¡Y qué precisa es la Escritura! Juan no dice que la palabra de Zacarías 12:10 se haya cumplido. Si nos fijamos en el contexto de Zacarías 12, rápidamente queda claro que el pasaje habla de la futura restauración de Israel, una profecía que todavía no se ha cumplido hasta el día de hoy. Por eso es tan acertado que la cita comience con las palabras: «También otra Escritura dice...».

Es evidente que el profeta se refiere a los *judíos* cuando dice: «Mirarán al que traspasaron». Pero aquí, o ellos o el que los traspasó son *gentiles*. ¿Cómo conciliar las 2 cosas? En efecto, fue la mano de un soldado romano la que hirió a Jesús en el costado con una lanza. Pero fueron los judíos los acusados, porque habían llevado a Jesús a la cruz; habían exigido que se llevaran su cuerpo ese mismo día. Llegará el momento en que los judíos reconocerán y confesarán que ellos también han sido culpables en este sentido contra el Señor Jesús.

Hemos visto que la lanza no mató al Señor. Nadie pudo quitarle la vida; él la entregó por su propia voluntad (Juan 10:18). Por eso es importante distinguir entre la lanza y los pasajes donde se menciona la sangre derramada del Señor (Mat. 26:28; Marcos 14:24; Lucas 22:20; Hebr. 9:22). Derramar sangre significa “dar muerte”, tanto si la sangre se derramó literalmente como si no. El golpe de lanza de Juan 19 no “derramó sangre” (no hubo matanza como en los sacrificios), aunque se vieron sangre y agua (la observación de Juan de los resultados de una obra ya cumplida).

---

Cuando tenemos a Cristo muerto ante nosotros, la reverencia y la adoración llenan nuestros corazones. Porque él soportó todo esto por usted y por mí. ¡Que su nombre sea eternamente alabado por ello!